



EN EL INSTITUTO ERA UN PRINGAO Y AHORA SOY UNO MAS. EXPERIENCIAS REPARADORAS DE ADOLESCENTES EN LOS PARADISIACOS MARGENES DEL SISTEMA EDUCATIVO.

Manu tiene 16 años, adoptado tardíamente a la edad de 5 años, después de haber sobrevivido a una institución asilar de la Europa del Este, acaba de entrar en un PCPI de cocina. Esta fue la frase que pronunció con una sonrisa de oreja a oreja al presentar en un grupo de adolescentes adoptados su nueva actividad “en el instituto era un *pringao* y ahora soy uno más”.

Para Manu la Primaria no fue nada fácil, sufrió retrasos en muchos de sus aprendizajes y para su familia acompañarle fue una tarea ardua. La realización de las tareas era una pelea continua, a la que Manu se oponía, en ocasiones de forma pasiva mediante olvidos y en ocasiones de forma activa, haciendo piras a las actividades extraescolares compensatorias, olvidando horarios, planes de semana, o extraviando agendas escolares, libros y cuadernos. A duras penas fue pasando cursos en Primaria y con mucho acompañamiento y apoyo por parte de su padre, su madre y personal de apoyo escolar llegó a la Secundaria.

Su motivación para los aprendizajes era muy baja y su autonomía e iniciativa, auténtico caballo de batalla, eran muy escasas a pesar de ser el objetivo de sus enseñantes y adoptantes. El mantra “tiene que hacer solo, no le ayudéis tanto...” proveniente de la escuela dirigió durante algunos años el infierno de las tareas escolares en casa. Manu podía estar horas ante libros y cuadernos sin que saliera una sola respuesta de su cabeza. Tareas que con la compañía de su padre y de su madre u otros acompañantes podrían durar de 10 a 15 minutos tan solo. Cuando su familia acudió a nuestro servicio hace ya varios años para solicitar ayuda en la mejora del rendimiento de su hijo y ya agotados por la pelea diaria, que suponía supervisar las tareas escolares de Manu, le recomendamos algo que pusieron en marcha aunque no satisfizo su objetivo inicial. Tuvimos que ayudarles a tomar conciencia de que Manu no podía satisfacer las expectativas de sus enseñantes y de que ellos no se podían dejar la piel y la convivencia familiar en alcanzar unos objetivos inalcanzables. El retraso acumulado curso tras curso hacía inviable el seguir presionando a Manu. El chico solo era feliz en vacaciones, en el fútbol, jugando en el parque con sus iguales y cuando sus padres le liberaban de hacer tareas.

El padre y la madre ayudaban a Manu a preparar los exámenes a veces hasta altas horas de la noche, relegando las rutinas de la convivencia y se encontraban con que Manu suspendía los exámenes cuando a ellos les constaba que Manu se había ido a la cama sabiendo la materia. Llegaron a pensar que Manu lo hacía adrede, Manu podía ser brillante y realizar una tarea con facilidad y rapidez y lo contrario. Cosas que un día sabía al siguiente no entendía o recordaba nada.

Les pedimos que olvidaran todas las recomendaciones de autonomía y fomento pasivo de la iniciativa oídas o recogidas de la pedagogía generalista promocionada por todos los tutores y tutoras de Manu hasta la fecha. Que escucharan sus quejas y atendieran más a sus necesidades emocionales y sociales. Que acompañaran a Manu en la realización de las tareas, que se las hicieran más fáciles, que el apoyo fuera más intenso y le facilitaran las tareas al máximo, pasito a pasito. La tensión familiar se redujo al igual que el tiempo dedicado. Les recomendamos que procuraran no pasar de los 90 o 120 minutos diarios. Anteriormente podían estar con Manu 3 y 4 horas, sábados y domingos incluidos. Manu acabó más feliz la Primaria y la familia redujo la tensión familiar. Pero ya era demasiado tarde. Para Manu



pensar en el colegio, en las tareas, en los exámenes... era ya algo que provocaba un rechazo automático. El paso a Secundaria supuso el inicio del hundimiento. Manu no se enteraba. Con una tutora en Primaria que le daba la mayor parte de las asignaturas durante dos cursos, que le conocía y le contenía, aunque no le protegiera mucho Manu se enteraba de algo.

En Secundaria, con frecuencia Manu vivió situaciones de racismo, “negro de mierda”, “puto adoptado” y todas las combinaciones posibles de “puto”, adoptado”, “mierda”, “negro”, y el gentilicio de su país de origen. Le negaron su auténtica pertenencia a su familia adoptiva, pues sus adoptantes no eran ni su madre ni su padre “de verdad”, eran falsos... le negaron su ciudadanía, la que comparte con todas nosotras de pleno derecho. Con frecuencia Manu, que no controla muy bien sus emociones y no tiene una adecuada solvencia para resolver conflictos con sus iguales, respondía con insultos, gritos o golpes. Él era quien habitualmente salía peor parado y además siempre le pillaban con las manos en la masa. Manu pasó muchos recreos castigado, haciendo lo que más odiaba y menos le motivaba, hacer copias de textos ininteligibles. Habitualmente era incapaz de defenderse y no sabía denunciar lo que sucedía. En ocasiones Manu no quería ir al colegio y lloraba amargamente. Se inventaba enfermedades, dolores y muchas veces hasta somatizaba el malestar con fiebres y dolores reales.

En quinto una tutora especialmente más sensible estuvo observando a Manu y a sus compañeros y compañeras en el patio y otros espacios y descubrió, que los comportamientos disruptivos de Manu tenían su origen en las agresiones de sus iguales y tras investigar y analizar las estrategias y comportamientos del grupo, puso en alerta a la familia y activó un protocolo de protección para Manu y de vigilancia de los comportamientos discriminatorios, xenófobos y racistas de sus iguales. Durante dos trimestres protegieron a Manu, reeducaron a sus compañeros y compañeras y montaron brigadas de iguales protectoras, que tenían la misión de abortar, denunciar y apoyar a Manu en los patios, aulas y espacios colindantes del barrio. Para Manu fue como volver a nacer y durante el resto de la Primaria fue algo más feliz. El cambio al Instituto en la Secundaria no supuso la continuidad de la protección, pero Manu ya era capaz de hablar y sus adoptantes estaban al loro, cada vez que Manu empezaba a angustiarse o a somatizar.

La Secundaria supuso un cambio de centro y de compañeros y compañeras. El batacazo del primer curso fue colosal. Manu se hundió y ya no pudo remontar la mejoría de los últimos cursos de Primaria. No entendía nada, se perdía, no hacía los deberes, perdía los materiales, olvidaba los libros, empezó a hacer piras y a enfrentarse con sus profesores y profesoras. Se juntaba con los malotes y para ser aceptado tenía que jugar el papel de payasete. Los suspensos llegaban a los dos dígitos y empezaron las expulsiones de clase y del instituto. Era un buen chico, pero muy molesto. A pesar de todo sus profesores y profesoras le tenían cariño. Estaba presente en todos los líos, era el defensor de causas perdidas y se entregaba a ciegas a sus compañeros. En alguna ocasión llegó a asumir culpas por hechos que no había realizado para evitar represalias al resto. Manu repitió el primer curso de Secundaria, ya era un año mayor que sus compañeros y compañeras pues había empezado un año más tarde al incorporarse a la escuela en Infantil. Le promocionaron a Segundo y a Tercero, pero Manu no seguía el ritmo de los demás a pesar de los esfuerzos de sus adoptantes y de algún que otro u otra enseñante. Manu se definía a sí mismo como inútil, vago y tonto.

En el instituto propusieron a la madre y al padre de Manu la alternativa de los Talleres Preprofesionales y literalmente su mundo se les vino abajo. Era lo que más temían. Manu con el alumnado fracasado y con esas compañías, sin terminar la Secundaria. Su malestar les trajo a nuestro servicio para consultar y nuestro equipo celebró con ellos la decisión como la mejor opción posible. Vimos los pros y contras y las maneras de paliar los temores y riesgos.

Manu empezó la formación y se obró el milagro. Manu viene contento del centro, habla de lo que hace en el taller, cuenta todo lo que está aprendiendo e incluso ha empezado a cocinar para su familia. Ya no hay tareas escolares para casa ni hay peleas en el hogar por ese tema. Los compañeros y compañeras del nuevo centro no son tan marginales ni peligrosos o peligrosas como se imaginaron su padre y su madre. Son chicos y chicas similares a Manu. Manu ahora tiene nuevos amigos y amigas y hasta se ha echado una novia que le hace mejorar en su higiene y orden personal.

Manu dice que ahora va a gusto al centro de formación y no ha hecho una sola pira. No ha vuelto a perder materiales y sigue preparando los cursos de Secundaria que tiene pendientes. Trabajan en grupo pequeño varias horas cada día y los aprendizajes están orientados a la tarea de cocina. Poco a poco va preparando las asignaturas de segundo de Secundaria y saca hasta notables. Su primer notable en Matemáticas ha dado la vuelta al mundo. Manu dice que está extrañado porque ahora disfruta aprendiendo. Está aprobando las materias y todas las horas que estudia trabaja de verdad. Antes pasaba horas y horas sin hacer nada, sin entender nada, ni pudiendo seguir las clases. Ahora dice que aprovecha más el tiempo y que ya no es el más tonto de la clase. Incluso es de los mejores en varias asignaturas y su autoestima ha crecido considerablemente. Dice que el tiempo de clase hasta se le hace corto. No se aburre tanto como antes. Ahora está empeñado en terminar la Secundaria y continuar estudiando cocina haciendo un grado medio.

En la familia extensa ha empezado a presumir de sus conocimientos y se ha comprometido a preparar un menú el día del cumpleaños de su amama.

Manu está muy a gusto en la “Ocupa”, “antes en el instituto era un *pringao* y ahora soy uno más”.

Bilbao a 13 de octubre de 2016